

Rubén Vega García

Héctor González Pérez

Anita Sirgo

INSTINTO DE CLASE



Fundación
JUAN MUÑOZ ZAPICO

CCOO

Comisiones Obreras de Asturias
Comisiones Obreras d'Asturies

TREA

Anita Sirgo

INSTINTO DE CLASE

Anita Sirgo

INSTINTO DE CLASE



Rubén Vega García

Héctor González Pérez

EDICIONES TREA
FUNDACIÓN JUAN MUÑIZ ZAPICO

Esta obra ha recibido una subvención de las destinadas a actividades relacionadas con la recuperación de la Memoria Democrática y las víctimas de la Guerra Civil y de la Dictadura, convocada por el Ministerio de la Presidencia, Relaciones con las Cortes y Memoria Democrática (2023).



Primera edición: diciembre de 2024

© Rubén Vega García y Héctor González Pérez, 2024

© de esta edición: Ediciones Trea, S. L. y Fundación Juan Muñiz Zapico

Ediciones Trea, S. L.

Polígono de Somonte / María González la Pondala, 98, nave D

33393 Somonte-Cenero. Gijón (Asturias)

Tel.: 985 303 801 / Fax: 985 303 712

trea@trea.es / www.trea.es

Dirección editorial: Álvaro Díaz Huici

Producción: Patricia Laxague Jordán

D. L.: AS 03297-2024

ISBN: 978-84-10263-82-6

Impreso en España. Printed in Spain

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo por escrito de Ediciones Trea, S. L.

La Editorial, a los efectos previstos en el artículo 32.1 párrafo segundo del vigente TRLPI, se opone expresamente a que cualquiera de las páginas de esta obra o partes de ella sean utilizadas para la realización de resúmenes de prensa.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Interpretar la historia de las mujeres como una historia de victimización no mitigada, como si todo lo anterior a 1970 fuera prehistoria femenina, puede ser útil para entablar buenas polémicas. Pero no puede decirse que sea elogioso para las mujeres. Esa idea me la quitaron de la cabeza en los comienzos de mi carrera de tutor de adultos, cuando estaba hablando con una clase de la Asociación Educativa Obrera en una ciudad con mercado del norte de Lincolnshire y con elocuencia condescendiente me puse a hablar de la opresión de las mujeres. Una lugareña de edad avanzada, autodidacta, de expresión penetrante y rostro curtido por la intemperie se puso tensa y finalmente me espetó: «Nosotras, las mujeres, conocíamos nuestros derechos, ¿sabe usted? Sabíamos lo que nos correspondía». Y, lleno de turbación, me di cuenta de que mi énfasis de inexperto en la mujer como víctima había sentado como un insulto a aquella señora y a otras que me estaban escuchando. Me hicieron saber que las mujeres trabajadoras habían creado sus propios espacios culturales, disponían de medios para hacer que se cumpliesen sus normas y se encargaban de que se les diera lo que «les correspondía». Puede que lo que les correspondía no fuesen los «derechos» de hoy, pero las mujeres no eran sujetos pasivos de la historia.

E. P. THOMPSON: *Costumbres en común. Estudios sobre la cultura popular*,
Madrid: Capitán Swing, 2019, p. 596

Agradecimientos

Los autores quieren expresar su más sincero agradecimiento a todas las personas que han hecho posible que el presente libro vea la luz. A toda la familia de Anita por haberse prestado de tan buena gana a colaborar. A Carlos Gordon, Irene Díaz, Daniel Sierra y Luke Bowe, compañeros que no figuran como autores, pero que han contribuido a que pudiéramos llevar a término el proyecto. A Rosa Calvo por arrojar luz sobre algunos pasajes confusos de la infancia de Anita. A Daniel Hernández y Laura Llamas por facilitar las visitas a los archivos madrileños. A Erundina Gutiérrez, Asunción Naves, Pedro Alberto Marcos, Alberto Vázquez, Alex Zapico, Eduardo Blanco y Xose Ambás por sus fotografías. A Benigno Delmiro y Fernando Bello por sus aportaciones y pesquisas. A todas las personas que dedicaron su tiempo a compartir sus experiencias y recuerdos y se prestaron a ser entrevistadas. A Ediciones Trea, CC. OO. y la Fundación Juan Muñiz Zapico por aguantar estoicamente los sucesivos retrasos que ha sufrido esta biografía y cuya única responsabilidad recae en los autores de estas líneas.

Índice

Abreviaturas y siglas	13
1. El nombre es suficiente	15
2. La rapacina que era enlace	17
3. Nita y Fonso. Los perrucos	37
4. Torturadas y rapadas. De la calle Dorado a la resonancia internacional ...	53
5. De exilios y encierros. Volver por la familia, luchar por la democracia	79
6. Siempre echando una mano: «¡Luchay! que va a venir gorda»	111
7. Simplemente Anita: el referente para las nuevas generaciones	133
8. Tal como era	155
9. Epílogo: ¿Para qué sirve la historia?	167
10. Post scriptum	171
11. Anexos	173
12. Fuentes y bibliografía	213

Abreviaturas y siglas

AFA	Asociación Feminista de Asturias
AP	Alianza Popular
CC. OO.	Comisiones Obreras
CDS	Centro Democrático y Social
CNT	Confederación Nacional del Trabajo
JOC	Juventud Obrera Cristiana
FAMYR	Federación Asturiana de Memoria y República
FSA	Federación Socialista Asturiana
HOAC	Hermandad Obrera de Acción Católica
HUNOSA	Hulleras del Norte Sociedad Anónima
IU	Izquierda Unida
MDM	Movimiento Democrático de Mujeres
NMU	National Miners Union
ORT	Organización Revolucionaria de Trabajadores
PCA	Partido Comunista de Asturias
PCE	Partido Comunista de España
PCF	Partido Comunista de Francia
PP	Partido Popular
PSOE	Partido Socialista Obrero Español
PTE	Partido del Trabajo de España
RDA	República Democrática de Alemania
SMRA	San Martín del Rey Aurelio
SOMA	Sindicato de los Obreros Mineros de Asturias
SUM	Sindicato Único Minero
TOP	Tribunal de Orden Público
UCD	Unión de Centro Democrático
UMWA	United Mine Workers of América
UGT	Unión General de Trabajadores
URSS	Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas
USO	Unión Sindical Obrera

Nita y Fonso, los Perrucos

Las esposas de la minería del carbón trabajaban duro para crear un hogar en los campamentos, haciendo frente al miedo por la vida de los hombres, por las consecuencias de heridas y el pulmón negro, por la angustia por los despidos, los desahucios y las huelgas, y por las contradicciones entre su duro trabajo y los roles de género establecidos. «El hombre era quien ganaba el pan y las mujeres estaban muy calladas, pero eso cambió durante la organización.» (Joan Robinett)⁶⁰

En la cuenca del Nalón, la vocal o la sílaba inicial de los nombres suelen resultar prescindibles. Lo más frecuente es ser conocido por un nombre acortado: Malia, Melia, Mérica, Delina, Felia, Loína, Frasia, Geles, Sabel, Solina... o Canor, Mador, Mable, Ferino, Ginio, Logio, Sebio, Tante, Tilano, Velino, Colás... De ahí que para muchos de sus vecinos y camaradas los Braña-Sirgo fueran conocidos como Fonso y Nita. Añádase a ello la tendencia a asignar un apodo, ya sea referido a algún rasgo personal o transmitido a través de sagas familiares. Del mismo modo que su padre Avelino fue conocido como *El Matemático* y su tío Fidel como *Campurru*, la familia de Anita era identificada como *los Perrucos* y ella no solo heredó ese apodo sino que se lo transmitió a su marido. Para muchos vecinos fue Nita *la Perruca* y esto se hizo extensivo a Fonso *el Perrucu*, siendo el apelativo familiar de ella el que acabe identificando a ambos.

A lo largo de más de treinta años, entre su boda en 1949 y la muerte de Alfonso en diciembre de 1980, el matrimonio compuso una pareja que se erigió en sinónimo de militancia comunista. Incluso en tiempos de estricta clandestinidad, difícilmente alguien en su entorno laboral, social o vecinal podía ignorar que *los Perrucos* eran comunistas. Era más bien un secreto a voces porque su activismo era notorio y sus encontronazos con la represión manifiestos, especialmente desde que Alfonso acabó siendo procesado y encarcelado y Anita torturada y rapada. De hecho, las connotaciones políticas de la pareja ya habían quedado patentes el mismo día de su boda, convertida la celebración en sí misma en un acto de desafío frente al acoso de que estaban siendo objeto. Una celebración, la de aquel 24 de septiembre de 1949 en El

⁶⁰ Alessandro Portelli: *Dicen en el condado de Harlan...* p. 199.

Campurru, ciertamente *sui generis* puesto que los invitados permanecieron rodeados por un despliegue de guardias civiles que primero registraron la casa avasallando, desordenando, pisando las tartas que iban a formar parte del menú, levantando tablas en busca de depósitos o estancias camufladas y luego permanecieron vigilantes mientras los invitados prolongaban durante horas el festejo y alargaban deliberadamente la música y el baile para mortificar con su alegría a los guardias apostados tras árboles y setos y condenados a ser pasivos espectadores de la fiesta ajena. Beber, cantar, bailar y celebrar se convirtieron así en formas de resistencia, en conjuros contra el miedo, en desafío a quienes pretendían intimidarlos. Y con ello, la boda misma se convirtió en un acto político, de afirmación, de dignidad y de alegría de vivir pesara a quien pesara.

Hay en aquella boda más claves reveladoras del tiempo y el contexto en que tuvo lugar. Los contrayentes no tienen el menor interés en una ceremonia religiosa, pero la dictadura no ofrece alternativa. No les queda más remedio que una boda católica en una iglesia a la que jamás acuden y conforme a los ritos de una fe que no profesan. A este respecto, la negociación encuentra buena disposición en el cura encargado de officiar el enlace, de modo que don Román, que mantiene buena relación con Alfonso a raíz de que frecuentan el mismo chigre, se mostrará comprensivo:

El cura de Lada, don Román, tenía mucha amistad con el mi hombre porque el mi hombre paraba en un bar de Lada. Y ahí paraba esi cura y ellos sabien de que me cortejaba a mí. Entonces, cuando nos íbamos a casar, don Román mando-y a Fonso que bajase, que bajásemos un día antes a confesar pa casanos. Y el mi hombre dijo:

—Bueno Don Román, ande, ande, déjese de eses tonterías que ya sabe lo que nosotros... háganoslo todo junto.

—¡Braña, Braña, Braña!, empezó Don Román. Y diz él: —Bueno anda, hacémoslo todo el mismu día.⁶¹

Sobre esta connivencia, en la capilla de La Nisal, cercana al Campurru, se officia una boda que, en el recuerdo de Anita, no duraría más allá de los diez minutos. Más aún, don Román afeará la conducta al guardia civil al mando del registro domiciliario y la intimidación: «púsolos a parir y, claro, ellos decien que eren mandaos».

Si la boda en sí había durado escasamente diez minutos, prescindiendo de las preceptivas confesión y comunión, el banquete, que en principio iba a ser una comida, se alargó hasta la madrugada del día siguiente. Hubo comida, cena y hasta desayuno porque, lejos de amedrentarse, cerca de un centenar de invitados se hicieron el propósito de resistir y desafiar: «Yo bien creía que iban a pasar mieu, pero no home no, duró la boda hasta por la mañana, porque hicímosla fuera, en una bolera que teníamos, se pusieron unes luces y los invitados estaban pasándolo bomba».⁶²

⁶¹ Entrevista realizada a Anita Sirgo Suárez. AFOHSA, serie: Huelgas de 62.

⁶² Entrevista realizada a Anita Sirgo Suárez. AFOHSA, serie: Huelgas de 62.

Tanto su padre como su tío están, aunque ya hayan perdido ambos la vida, de algún modo presentes en la boda. Si la búsqueda de su padre —de cuya muerte no tienen todavía noticia ni las autoridades ni la familia— es el motivo que parece haber provocado el despliegue de guardias civiles, el allanamiento de la casa, el pisoteo de las tartas y las largas horas de vigilancia, la memoria de Fidel —cuyo asesinato está todavía reciente— se hace presente incluso a través de la xata sacrificada para el banquete, la misma que él tenía reservada para la boda de su sobrina. No es poca cosa en tiempos de tanta penuria. Anita, que había estrenado sus primeros zapatos poco antes, lucía un vestido que ella misma se había hecho, con ayuda de una modista, el anillo de boda fue prestado, al igual que prestada era la mantilla. El banquete y la fiesta se hacen en casa y en una bolera contigua, a cocinar ha ayudado una vecina y de aquel día tan solo conserva una foto, porque tampoco para eso había presupuesto. Una solitaria fotografía en la que, por cierto, resulta imposible adivinar el avanzado estado de gestación de la novia, cuya esbelta figura no ofrece indicios de lo inminente: faltaba una semana para que naciera Telvi, la primera hija del flamante matrimonio. De boda el 24 de septiembre y de parto el 2 de octubre, Anita tiene 19 años y Alfonso cumple los 27 dos días antes de ser padre. Tras conocerse en el bar de Dionisio, en Sama, donde ella trabajaba, han cortejado durante dos años y permanecerán juntos los siguientes treinta y uno. Al poco de casados estrenarán el piso en la barriada de San José de Lada en el que van a vivir el resto de sus vidas.

No serán nunca un matrimonio convencional. Y si Anita demostrará ser, por tantos motivos, extraordinaria, Alfonso tampoco responde a un patrón típico de minero o simplemente de marido de su tiempo. Muy al contrario, dará sobradas muestras de una actitud que por entonces resultaba absolutamente excepcional, incluso entre la militancia comunista. Dado que la actividad política llegará a convertirse en el centro de sus vidas, las salidas de casa, las reuniones e incluso los viajes acaban por formar parte de la cotidianidad. Para muchas otras, el compromiso militante permanece subordinado a las «obligaciones» familiares. Anita lo percibe con claridad: «Bueno... habíalos que no les gustaba que salieran, eran un poco machistas. Había de todo. Habíalos que la mujer... sí, sí, comunista todo lo que tú quieras, pero la mujer en casa. Eso había de todo». Pero ese está lejos de ser su caso. Son un matrimonio bien avenido que se relaciona en un plano de armonía: «eren como una piña. Salíen mucho y no iben el uno sin el otro a ningún sitio ¡Y salíen muchísimo! Llevábensé muy bien. En casa, por ejemplo, no mandaban ninguno por encima de otro», recuerda Telvi⁶³. Como Anita solía repetir, llegará un momento en que si ambos salen de casa a sendas reuniones, el primero en regresar sea quien se encargue de hacer la cena. Y no se presupone que esa sea tarea de ella si es Alfonso quien llega antes a casa. Tampoco en los espacios militantes se aprecia el control o la jerarquía masculina que es perceptible en bastantes otros casos. Magaly Suárez recuerda, en los setenta, cómo las reuniones de mujeres del Partido estaban supeditadas a

⁶³ Entrevista realizada a Etelevina Braña Sirgo con ocasión de esta biografía.

horarios compatibles con las tareas domésticas y cómo se iban ausentando una tras otra a medida que los maridos asomaban su cabeza tras la puerta de la sala donde estuvieran. Pero no era ese el caso cuando quien asomaba era Alfonso. Anita tenía sus propios espacios de militancia y los ejercía sin cortapisas.

Ahora bien, si hay un episodio que en la narración de Anita resulta definitorio de la inusitada relación de igualdad y confianza que reinaba entre ellos, éste es el de la noche pasada en un hotel de Venecia en compañía de otro hombre con el cual ella viajaba con identidad falsa y haciéndose pasar por matrimonio. El camarada en cuestión era Juan Modesto, el legendario comandante del Quinto Regimiento y general del Ejército del Ebro, y el motivo del viaje, según el recuerdo de Anita, una reunión del Partido en Berlín a la que asiste durante su tiempo de exiliada en Francia. Llegados al hotel se impone la evidencia de que hay una sola cama y, puesto que se han registrado como matrimonio, no cabe pedir el cambio. Modesto propone dormir en el sillón y cederle a ella la cama, pero Anita responde: «de ninguna manera, camarada». La solución: acostarse en la misma cama en posiciones invertidas (uno de ellos con los pies en la cabecera) y usar la sábana a modo de membrana de separación para evitar el contacto. Cuando a la mañana siguiente Modesto insinuó que aquella situación no era apta para ser contada en casa Anita reaccionó asegurando: «El mi Fonso ye un camarada y entiende estes situaciones. Claro que-y lo voy a contar». Y así fue. Ella no tenía duda al respecto. Conocía bien a Fonso y ambos sabían perfectamente que la militancia estaba por encima de los remilgos y que la confianza era la base de su relación. Huelga decir que, en el tiempo en que se desenvolvían y en el contexto sociológico al que pertenecían —y seguramente en cualquier otro al que hubieran podido ser trasplantados—, Alfonso y Anita eran una pareja absolutamente excepcional. Cabe añadir que, en su caso, esta relación se basa, además de en obvios rasgos individuales de personalidad, en la conciencia política y las consecuencias que de ella se derivan según ellos la entienden. Del mismo modo que muchos otros no llegan a extraer conclusiones similares y se mantienen dentro de estrictos límites patriarcales, en ellos la igualdad ha permeado también la relación de pareja. Todo ello sin haber cuestionado formalmente los roles ni desafiar las convenciones de su tiempo, sin enunciados ni conciencia feminista, y seguramente sin modelos de referencia en los que inspirarse.

Que la militancia antifranquista condicionaba la vida privada de quienes optaban por desafiar a la dictadura resulta evidente. No siempre se toma en cuenta, no obstante, hasta qué punto era así y, sobre todo, cómo afectaba también al entorno familiar, estuvieran o no las personas más cercanas involucradas en la actividad clandestina, así como a las relaciones sociales que pueden ser mantenidas y bajo qué condiciones. La vida entera de Anita, de Alfonso, de su madre y de sus hijas, está marcada por los precios a pagar en aras del compromiso militante: cautelas, silencios, temores, vigilancia, ausencias, privaciones, penurias, riesgos que impregnan el día a día y van tejiendo un telón de fondo sobre el que se proyectan los momentos críticos de detenciones, malos tratos, torturas, encarcelamientos, multas, despidos...

No hay vida social, infancia, economía familiar o simplemente existencia cotidiana que no se vean marcadas. Cuando no se trata de afrontar reveses de la envergadura de una condena de prisión, las secuelas de la tortura, la pérdida del trabajo, el exilio y lo que todo ello entraña en términos de condiciones de vida o privación de la presencia de los seres queridos, se trata de la instalación del miedo como parte del día a día y de llevar al extremo todas las cautelas posibles. Conllevaba ser citados en cuartelillos o comisarías como «sospechosos habituales» o detenciones «preventivas» en vísperas de fechas señaladas como el Primero de Mayo.

Los Primeros de Mayo, siempre me detenían días antes (...) Venían y deteníanme, llevábanme al cuartel de la Guardia Civil y después a la cárcel de Oviedo. Cuando pasaba el 1º de Mayo mandábanme pa fuera. Siempre echaba siete u ocho días, hasta que pasara.⁶⁴

La extrema discreción exigida por la clandestinidad había de ser combinada, en un complejo equilibrio, con la visibilidad a la que obligan buena parte de las actividades militantes —reuniones, distribución de propaganda, recogida de firmas, piquetes y, en definitiva, protestas de diverso signo y proselitismo en variadas formas—. Los vecinos habían de ser ciegos y mudos en el día a día, pero podían convertirse de repente en testigos necesarios o en espectadores obligados. La invisibilidad que se pretende para muchos de los movimientos (entradas y salidas, gente de paso o escondida, nombres supuestos, paquetes camuflados para disimular su contenido, emisiones de radio escuchadas bajo una manta o a mínimo volumen, consignas transmitidas con disimulo) estalla de pronto en el estruendo de una detención que es convertida en un escándalo capaz de incomodar a los represores y de servir como primera alerta de denuncia. Anita convierte cualquier detención de su marido en un acto de resistencia en el que procura que todo el vecindario se entere y hace valer su condición de mujer, esposa y madre como herramienta para la lucha. Así describe su reacción ante las detenciones de Alfonso:

Cuando venían a detener al mi hombre, yo marchaba con él. A mí no me dejaban ir con él, pero yo a eses horas de por la mañana, yo marchaba, a mí no me dejaban pero yo marchaba. Yo cogíame a la puerta del coche y me tenían que cortar los brazos o me tenían que montar. Y yo, ¡unos gritos! Y eso ellos, de que yo gritare, que no querían que se enteraran los vecinos, y yo era lo que quería, que se enteraren los vecinos. Y garrábame... tuvieron llevándome de mi casa a un quiosco que hay, que serán veinte metros o así, arrastru, porque yo no me soltaba. A lo último ya me subieron al coche y ya fui hasta Sama. Y en Sama ahí ya no pude entrar en el calabozo y ya a les cuatro la mañana vine pa casa yo sola por El Fondón.⁶⁵

⁶⁴ Entrevista realizada a Anita Sirgo Suárez. AFOHSA, serie: Huelgas de 62.

⁶⁵ Entrevista realizada a Anita Sirgo Suárez. AFOHSA, serie: Huelgas de 62.

La inmersión en la militancia clandestina significaba también convertir a los niños en mensajeros o vigilantes, como la propia Anita había aprendido en su niñez. No dormir en casa cuando se espera la indeseada visita de la policía o buscar quién se haga cargo de los hijos cuando llegan ausencias impuestas por fuerza mayor. Unas niñas crecidas en ese contexto —como había sido el caso de Anita en su día y será luego el de sus hijas— han de aprender a ser reservadas, no preguntar, no hablar de más, saber o intuir que sus vidas no son «normales» y que su padre o su madre pueden desaparecer por largo tiempo. «Elles vieron a su padre venir la policía a sacalu, vieron cómo estuvo su padre en Oviedo presu y elles iben a velu, vieron a su madre cómo-y cortaron el pelo. Yo jamás-yos dije que se metieren en nada, pero vieron les injusticies que se estaben cometiendo...».⁶⁶ Todo ello dentro de la disonancia cognitiva de una verdad oficial machacona y omnipresente que demoniza a lo que sus padres representan, como si hubieran de vivir una doble vida sin entender bien los motivos. A modo de compensación, esto tiende a acelerar también procesos de maduración y aprendizajes precoces que suelen traducirse en una incorporación muy temprana a la militancia política, a pesar de que los padres no hayan fomentado conscientemente esa orientación. Telvi comenzó a participar de las movilizaciones en solidaridad con las huelgas del 62 con apenas doce años y poco después a trasladar propaganda a diferentes puntos de la cuenca. A mediados de los sesenta formaba, junto con otros compañeros, la Juventud Comunista a la que se uniría Sara en 1973, con apenas quince años. Y a la larga puede devenir en fuente de orgullo, como revela la memoria de no pocos de los hijos de aquellos luchadores antifranquistas, hayan secundado o no la senda militante de sus progenitores. Hemos constatado ese orgullo, que compensa ampliamente las carencias y limitaciones de infancias marcadas por la clandestinidad de sus padres y madres, en numerosos testimonios orales.

Por añadidura, por la casa de Lada desfilaban desconocidos de confusa identidad que habían de permanecer indetectables para vecinos y amigos, que llegaban y se iban de noche y en absoluto silencio. En particular, en el caso de Anita, su casa sirve reiteradamente de refugio a Horacio Fernández Inguanzo *El Paisano*, a la sazón el hombre más buscado de Asturias, auténtica obsesión para el comisario Ramos y para la Brigada de Investigación Social —popularmente conocida como la Brigada Político Social— que dirigía. Raro era el interrogatorio y la sesión de torturas en la que el nombre de Horacio no aparecía, tratando de arrancar información sobre sus andanzas y su paradero a quienes tenían la desgracia de haber sido detenidos. Dar cobijo a la pieza más codiciada por una policía política de brutales métodos entraña un riesgo mayor e involucra a cuantos viven en la casa. Obviamente excluye la posibilidad de visitas o de nada que pueda delatar tal presencia. Y obliga a extremar las precauciones cuando se vive en un piso dentro de una barriada en la que muchos ojos pueden estar vigilando. Hasta el fin de sus días, Anita mantuvo presente la figura de Horacio en su casa. Retratos y recuerdos lo perpetuaron en aquel hogar

⁶⁶ Entrevista realizada a Anita Sirgo Suárez. AFOHSA, serie: Huelgas de 62.

que tantas veces le había proporcionado refugio a quien vivía, como cantara Víctor Manuel, escondiéndose a diario, durmiendo por los pajares, desapareciendo al alba.

No es, por supuesto, el de Anita y Alfonso el único caso. Todos los cuadros clandestinos del PCE necesitaban contar con una red de refugios, algunos recónditos y otros en casco urbano. Así sucedía también, por ejemplo, sin salir de Lada, con Celestina Marrón, en quien concurría al añadido de tratarse de una mujer que vivía separada de su marido, con el consiguiente entredicho que ello conllevaba si era detectada la presencia de hombres en su casa, y que no dudó, sin embargo, en acoger a dirigentes clandestinos y particularmente a Ángel León Cambor. Esto incluye situaciones límite como la que supuso un serio problema de salud de Ángel León, que planteó no solo la dificultad de obtener medicamentos sino que llevó al enfermo contemplar su muerte y plantear un modo extremo de evitar que fuera fuente de problemas para sus anfitrionas: descuartizar su cuerpo y hacerlo desaparecer. Nori Álvarez Marrón, por entonces una adolescente, guarda vivo recuerdo de tan escalofriante solución, que estaba guiada por el afán de protegerla a ella y a su madre.

El riesgo que entrañaba acoger en la propia casa a los dirigentes clandestinos más buscados era compaginado, en los casos de estas militantes, con un despliegue de actividad igualmente arriesgado que incluía esconder y distribuir propaganda, formar piquetes en las huelgas, recabar solidaridad para los presos políticos y multitud de acciones que las exponían a la detención, la delación o el acoso policial. Implicaba también fiar su propia seguridad a la discreción de los vecinos, puesto que algún desliz resultaba inevitable. Anita tenía presente cómo jamás habían sido objeto de ninguna denuncia y Nori A. Marrón recuerda que tiempo después alguien en una conversación dio muestra de conocer las visitas de un hombre del que había supuesto que sería un pariente.

La militancia antifranquista entrañaba, en todo caso, altos precios y conducía a reveses a manos de unos aparatos represivos que perseguían con saña cualquier disidencia y con especial celo a los comunistas. En los casos de Alfonso y Anita, sus vidas y las de su familia están jalonadas por distintos episodios que se van sucediendo desde la primera «caída» de Alfonso Braña en 1960.

El PCE había logrado mantener en la cuenca del Nalón un tenue hilo organizativo incluso en los peores momentos, los que asistieron a la liquidación definitiva de la resistencia guerrillera y la desarticulación de sus redes de apoyo, así como de su Comité Provincial. Tan solo Gijón y el Nalón han logrado, mediados los cincuenta, rehacerse en algunos centros de trabajo y recomponer cierta estructura clandestina. Alfonso Braña formará parte de esta reorganización, que va a encontrar impulso pero también reveses represivos en las huelgas de 1957 y 1958, que ven resurgir, justamente en Gijón y el Nalón, la conflictividad laboral largamente sofocada por la implacable represión. Tras haber iniciado su vida laboral en El Molinucu, había pasado a trabajar en el Fondón, donde será primero picador y más tarde vigilante de primera. Se trata de uno de los pozos de referencia obligada en las huelgas de la época. Había acogido en los cuarenta y cincuenta una colonia penal donde

numerosos presos políticos habían redimido condena trabajando como mineros y será escenario del piquete de mujeres del que Anita forma parte durante la huelga de 1962. Si la huelga de 1957 se desencadena a partir de la paralización de María Luisa, la de 1958 lo hará desde El Fondón. Para entonces, Alfonso está ya plenamente integrado en la estructura clandestina del Partido y su papel se refuerza tras la «caída» que sigue a la huelga de 1958, que desbarata una parte de los progresos alcanzados en los centros de trabajo al identificar a quienes han liderado la huelga y descabezar los pozos, pero sin erradicar la presencia comunista. El siguiente revés llegará a resultas del VI Congreso del PCE celebrado en Praga a fines de 1959 y que al regreso de los delegados da lugar a una cascada de detenciones en el interior como producto de una infiltración.⁶⁷

Un tribunal militar —no se olvide que en la España de 1960 organizarse para defender una idea política constituía un delito de rebelión militar y podía conducir ante un consejo de guerra— condenará a Alfonso Braña Castaño a dos años de prisión. Detenido el 16 de febrero, ingresó al día siguiente en la prisión provincial de Oviedo, en cuya plaza fue juzgado el 25 de octubre dentro de la causa 34/1960 y posteriormente trasladado para cumplir condena en el penal de Burgos, donde permanece entre el 29 de diciembre y el 12 de agosto de 1961, cuando pasó a situación de libertad condicional. En total, un año y medio encarcelado, los ocho últimos meses a centenares de kilómetros de su familia. Añádase a ello el despido, que le hizo perder su trabajo, puesto que Duro Felguera, que había empleado —a cambio de salarios ínfimos— durante años a presos políticos en El Fondón y en otros pozos, consideró inadmisibles su militancia antifranquista. El daño económico era considerable, teniendo en cuenta la categoría de vigilante que Alfonso había alcanzado, y repercutía sobre una familia que poco antes, en septiembre de 1958, había crecido con el nacimiento de una segunda hija: Sara. El esfuerzo de Anita y la ayuda inestimable de su madre Ana han de compensar el revés y a Telvi le toca también cuidar de su hermana.

El mi hombre estuvo presu, yo tenía a les dos hijes, mi madre estaba trabajando y yo trabajaba. Trabajaba en Casa Alegría, trabajaba en una casa en La Felguera, cuidaba la casa, lo que no hacía mi hija mayor..., pues yo cuidaba la casa, salía a todas las concentraciones, trabajaba pal Partido y hacíalo todo y dábame tiempu a todo. Y iba les dos veces que tenía para ir a ver al mi hombre, iba a velu, cuando lu tenía en Oviedo. Y después cuando estuvo en Burgos también lu fuimos a ver.⁶⁸

Anita recordaba del regreso de Alfonso de Burgos, al ser puesto en libertad, la concentración de bienvenida que le recibió en Casa Alegría. Sobre esta base de integración y consideración social, ampliada mucho más allá del círculo de vecinos

⁶⁷ Ramón García Piñeiro: «El PCE en Asturias bajo el Franquismo (1937-1967). Represión, clandestinidad y reconstrucción», en Francisco Erice Sebares (coord.): *Los comunistas en Asturias 1920-1982*, Trea: Gijón, 1996, pp. 161-162.

⁶⁸ Entrevista realizada a Anita Sirgo Suárez por la Fundación 1.º de Mayo.

y camaradas, se asentará la subsistencia familiar en los siguientes veinte años. Dado que ha sido despedido de la mina, Alfonso habrá de buscarse un nuevo medio de vida. Cerradas las puertas del retorno a la mina, la alternativa acaba pasando por una drástica reconversión que, en un giro insospechado, lo convierte en agente de seguros. Tras un período inicial en el que vende pólizas tanto de Santa Lucía como de La Previsora Bilbaína, optará entre las ofertas de ambas y se dedicará en exclusiva a la segunda. La naturaleza de este trabajo hace que la confianza y la imagen personal sean claves, puesto que todo descansa sobre la gestión cara a cara y puerta a puerta. Alfonso goza de suficiente reputación y crédito en la cuenca del Nalón como para convertirse en un agente especialmente valioso para su empresa. También para merecer la confianza y el respeto personal de su jefe, como tendrá ocasión de acreditar la conducta que éste observa durante y después del episodio de torturas que padece en 1963, cuando se vuelca interesándose primero por su paradero y por su estado y prestando luego apoyo durante su recuperación. El nuevo trabajo ofrece, al mismo tiempo, nuevas oportunidades para encauzar la militancia. Desarraigado del Fondón, donde gozaba de prestigio dentro de un pozo clave por la solidez de la organización comunista y el carácter emblemático que revestía en términos de conflictividad, la movilidad que proporciona un empleo como agente de seguros permite desplazarse regularmente por toda la cuenca y tejer, por tanto, contactos que también sirven a la causa. Por un lado, la condición de comunista es notoria, una vez cumplida condena por tal motivo, pero, por otro, los movimientos cuentan con una patente justificación y son tan constantes que resultan difíciles de vigilar. La militancia ha cambiado de forma, pero no por ello resulta menos intensa ni eficaz.

Entre tanto, la de Anita no irá a la zaga. Aunque el Partido carece todavía de una organización que incorpore formalmente a las mujeres, su participación es, de hecho, fundamental, tanto en la articulación de la solidaridad con presos y represaliados como en el sostenimiento de los conflictos laborales. Y Anita desempeña, desde muy temprano, un papel extremadamente activo. La situación de fines de los cincuenta es descrita por uno de los delegados asturianos al VI Congreso —diciembre 1959— en términos bastante clarificadores que permiten tanto ver cómo se tejen redes de solidaridad como el papel primordial que compete a las mujeres:

Estaban haciendo la solidaridad con los presos, pidiendo por las ramplas, minas y establecimientos y donde fuera. Organizamos concursos de bolos, hicimos baile para llamar a la juventud. Fue todo el pueblo; todo el pueblo participó en el concurso. Los que sacaron los premios no quisieron cobrarlos. Las firmas en favor de los presos también fue allí una cosa enorme. Salieron las mujeres de los presos y a pesar de que es un pueblo bastante pequeño, sacaron 21.500 firmas. Y camaradas, también me tocó repartir 23.000 pesetas que mandó el Partido de aquí. Aquellas mujeres cuando llegamos con aquel dinero nos decían: Gracias, gracias, camaradas. Se ve que los comunistas no cayeron todos.⁶⁹

⁶⁹ Acta del VI Congreso del PCE, Intervención del camarada Eusebio, AHPCE.

Esta tarea, emprendida tras el revés represivo que siguió a la huelga de 1958, descansa en buena medida sobre las mujeres, incluso cuando se trata de colectas realizadas en los centros de trabajo, pues a menudo su presencia sirve de acicate a la recaudación al presentarse «en las minas el día de paga para recoger directamente la aportación de los mineros. En un mes se recogieron en la mina del Fondón doce mil pesetas con este fin». ⁷⁰ También en las huelgas de los años anteriores, las concentraciones de mujeres han arropado los encierros de mineros en el interior de los pozos:

En Langreo, ellas fueron las que organizaron las grandes manifestaciones que cortaron la circulación, [lo que] impidió llegar fuerzas en algunos sitios». Así lo narra Carmen Marrón años más tarde: «Estuvieron tres días a muchos metros de profundidad. Entonces nosotras, las mujeres, paramos el tráfico de la carretera general. Llevábamos a les hijes con nosotres. Nos tiramos en el suelo allí para que no pasasen camiones, ni coches, ni nada. ⁷¹

La participación en primera línea en las huelgas se produce ocupando espacios que los hombres no son capaces de cubrir, como sucede en los conflictos de 1957 y 1958, cuando los mineros se encierran en el interior de los pozos y son las mujeres quienes ocupan la plaza y los accesos e incluso las que protegen su salida en medio del despliegue policial. El carácter elemental de las reivindicaciones refuerza aún más el discurso de las mujeres como portadoras de especial autoridad en materia de necesidades de la subsistencia diaria. Puesto que Alfonso trabajaba por entonces en El Fondón, Anita recordará siempre «la primera huelga que hubo, fue reclamando..., era cuando no había ni agua caliente en la casa de aseo, no había ni agua caliente pa bañarse, los cristales estaban todos rotos».

Pero la actividad de las mujeres resulta igualmente esencial en las diversas formas que adopta la solidaridad con los represaliados y que incluye desde la ayuda más básica para procurar alimentos a las familias hasta la solidaridad con los presos. Las mujeres asumen un papel activo en las actividades relacionadas con los presos políticos. Se trata de una constante que en la historiografía ha dado lugar incluso a una figura objeto de estudio: la de «mujer de preso», a las que cabe añadir las «madrinas de preso», que asumen un papel semejante en casos en que carecen de familia o está ausente. ⁷² Es decir, aquellas mujeres que en torno a las prisiones se vuelcan en mantener la moral de quienes cumplen condena, en visitarlos, hacerles llegar ayuda material —mantas, alimentos, medicinas...—, hacer entrar y salir información, consignas y propaganda clandestina, mantener correspondencia, procurar asistencia jurídica, denunciar las condiciones dentro de las cárceles, recoger firmas por la amnistía, buscar indultos... mientras sostienen a sus familias con un gran sobreesfuerzo.

⁷⁰ Acta del VI Congreso del PCE, Intervención del camarada Esteban, AHPCE.

⁷¹ Margareta Hjelm: *Kvinnor i Kamp* (Mujeres en lucha), Sveriges Television AB, 1976.

⁷² Irene Abad Buil: *En las puertas de la prisión: de la solidaridad a la concienciación política de las mujeres de los presos del franquismo*, Barcelona: Icaria, 2012. José Luis Fernández: *Mujer de preso político. Entre la espera y la acción*, 2024.

Anita mantiene este tipo de actividades desde muy temprano. En el momento que se ve convertida, además, en mujer de preso hace valer esa condición para emprender una recogida de firmas que quedará consignada en su ficha policial:

Durante los primeros días de la segunda quincena del mes de marzo de 1961, en unión de un hermano llamado Avelino, recogió varios pliegos de firmas en papel de barba, y al ser interrogada sobre tal fin, manifestó que por mandato de su esposo Alfonso Braña Castaño, que cumplía dos años de condena en el Penal Central de Burgos por actividades clandestinas del partido comunista, había recogido varias firmas por las localidades de La Felguera, Lada y Sama, hasta completar en unión de su hermano cinco pliegos, los cuales y por correo en sobre cerrado —según propia manifestación— mandó dirigido al Sr. Ministro de Justicia; dijo también que a los firmantes les hacía saber que las firmas recogidas eran pidiendo la libertad de presos políticos y en favor de la amnistía. Se tuvo conocimiento que la informada al encontrar algunas personas que le manifestaron no querer firmar, les amenazaba diciéndoles que algún día les pesaría.⁷³

En ese contexto parece enmarcarse la audiencia con el gobernador civil de la que da cuenta la prensa del Movimiento y que no deja de ser insólita en la medida que varias mujeres, de inequívoca connotación comunista, logran ser recibidas por la máxima autoridad política en la provincia. Incrustadas en una agenda que incluye al jefe local del Movimiento en Gijón, al director del diario *Voluntad* y algunos notables locales, aparece la audiencia concedida a «doña Luisa Aparicio Alonso acompañada de doña Amor Gutiérrez, doña Anita Sirgo Suárez y doña María Amable González Lada».⁷⁴ Aunque la escueta mención omite cualquier referencia al motivo o el contenido de la reunión, no parece difícil vislumbrar las razones que movieron a estas mujeres a solicitar ser escuchadas y tampoco la determinación que se requería para ello. Las cuatro tienen encarcelados a familiares directos: tres maridos —Ángel Muñiz Rodríguez, Manuel Gutiérrez Villa *Pertegal* y Alfonso Braña Castaño— y un hermano —Benjamín González Lada—, todos ellos condenados a causa de su militancia comunista.

Anita no parecía guardar recuerdo preciso de esta reunión, como sí lo guardaba de otras posteriores en las que también fue recibida en despachos oficiales y sedes de poder. Sí recordaba con precisión, en cambio, las muestras de solidaridad dadas y recibidas durante el tiempo que Alfonso pasa en prisión, a lo largo de 1960 y 1961:

A mí, por ejemplo, el kilo de pan no me faltaba todos los días. Uno que era un panaderu, todos los días me mandaba él el pan. Los vecinos, cuando venía el mes pues siempre me llevaban una..., llevábenme garbanzos, llevábenme fabes, que... porque yo trabajaba eh!. Después yo trabajaba, porque la mujer era lo que teníamos, hacíamos el trabajo doble, eh!. Yo tenía dos hijos pequeños, yo iba a trabajar a una casa, salía de esa

⁷³ Informe policial sobre Anita Sirgo Suárez. 8 septiembre 1963 (reproducido en Francisco Erice (coord.): *Los comunistas en Asturias...*, p. 556).

⁷⁴ *La Nueva España*, 29/07/1961.

casa, a los sábados y domingos y siempre que había bodes en el bar de Alegría yo iba a trabajar a casa de Alegría. Iba a lleva-y la comida, el paquete al mi hombre, los días de la consulta yo no faltaba, yo iba a lleva-yos los paquetes. Y no llevaba solo pa él, que llevaba pa más, porque yo tenía la suerte de estar en esi bar de Alegría y quedaba de les bodes y yo llevaba-y la comida de ahí, del bar pa los presos. Entonces allí lo repartién, ellos. Y sí, hubo solidaridad así individualmente, hubo mucha solidaridad eh!⁷⁵

Esta implicación activa en la resistencia no encuentra todavía correlato en las estructuras organizativas del Partido, donde estas mujeres no están formalmente integradas. Según la autocrítica de sus propios responsables, a causa de la pasividad que mostraban al respecto tanto dirigentes como militantes:

[...] seguramente porque ya somos un poco pasados de moda, la dirección no se preocupó de este problema. No le prestó ninguna atención. Sí, charlamos, de que había que tener mujeres, pero nada. Por otra parte, teniendo en cuenta que las mujeres asturianas han tenido una participación maravillosa en la todas esas luchas que se han producido en todo este período, [...] se pueden contar con los dedos de la mano los militantes del Partido que hacen partícipes a sus compañeras de las tareas y problemas del Partido.⁷⁶

En la práctica, bajo muy diversas formas, las mujeres no han dejado de desempeñar un papel esencial en la resistencia a la dictadura y les cabrá un protagonismo considerable en la intensa conflictividad que se abrirá a partir de las huelgas de 1962. Especialmente en la cuenca del Nalón, el sostenimiento de la huelga descansa en buena medida sobre la actividad de mujeres que

[...] salieron a la palestra e infundieron al conflicto un aliento decisivo, ya fuera mostrando su indignación por la represión policial, constituyendo piquetes, promoviendo manifestaciones o, en todo caso, manteniendo la tensión cuando flaqueaban los ánimos de los huelguistas [...] polarizaron su acoso en aquellos que se resistían a secundar la huelga. Cada mañana, al abandonar el domicilio, estos se encontraban con un ominoso coro de mujeres que, entre abucheos e insultos, les reprochaban su proceder. Ester Amaro recuerda a Ana Sirgo, Amor Gutiérrez y Celestina Marrón entre las promotoras de estos 'humillantes pasillos'.⁷⁷

En buena medida, ocupan espacios que a los hombres les están vedados, haciendo valer su condición de mujeres y las contradicciones que ello entraña tanto para los aparatos represivos como para los propios mineros que no secundan la huelga. Haciéndose fuertes en su rol de esposas y madres, plantan cara a los esquirols y a los cuerpos policiales. De manera decisiva, esta presión se acrecienta con la formación de piquetes que interceptan los accesos a los pozos. Provistas de maíz para poner en

⁷⁵ Entrevista realizada a Anita Sirgo Suárez. AFOHSA, serie: Huelgas de 62.

⁷⁶ Acta del VI Congreso del PCE, Intervención del camarada Esteban, AHPCE.

⁷⁷ Ramón García Piñeiro: «Mujeres en huelga», en Rubén Vega García (coord.): *Las huelgas de 1962 en Asturias*, Gijón: Trea, 2002, p. 244.

tela de juicio la hombría de quienes pretenden entrar a trabajar llamándoles gallinas y de *tochos* de madera y puñados de pimienta para defenderse de eventuales intervenciones policiales. Las acciones se generalizan el 2 de mayo de 1962. Un trabajo previo de contactos y propaganda logra movilizar, según el informe policial, a cerca de un millar de mujeres a lo largo de la cuenca del Nalón. El piquete formado en las inmediaciones del pozo Fondón resulta altamente ilustrativo. Anita narraría aquel episodio centenares de veces:

Entonces nosotras qué hicimos: nos reunimos las mujeres de La Nueva, de la Juécara, les de Lada... Y entonces decidimos de salir al primer relevu, de las seis de mañana. Tonces elles, les de La Nueva organizaron por aquella parte, les de La Juécara por esa parte y les de Lada, pues de Lada. Estuvimos con toes les muyeres que tenían los maridos o los hijos en la mina y muyeres que nosotres veíamos que tenían inquietudes [...] porque, aunque veíen que era una cosa justa, pero elles tenían miedo, había mucho miedo. Entonces les de la parte de Lada, qué hicimos: como ya teníamos un poco más de veteranía, teníamos miedo que dijeran que sí y después a la hora de la verdad te dieran cualquier disculpa. Nos levantamos a las cuatro de la mañana, el grupo de mujeres de allí, nos levantamos a las cuatro de la mañana y yos fuimos tocando el timbre una por una pa que no nos dieran disculpas de que se dormían. Nosotros queríamos conseguir aquel número de mujeres porque cuanto más, más fuerza. Nosotros sabíamos a lo que íbamos, ¿no sabes?. Y, efectivamente, fuimos, fue hasta una señora de ochenta años, que llamaben-y Encarna la Caravana. Llevaba un tochu, porque nosotros íbamos dispuestos por la de buenes. Si, sí por la de buenes íbamos, ahora que si por la de males no salían, tábamos dispuestos a todo. Llevábamos eso, llevábamos maíz, pa tira-yos maíz, llamándo-yos gallinas, y todo eso. Pero no hizo falta porque... llegaron los primeros, el primeru llamábase Canor Saavedra que era vigilante de primera. Namás que nos vio allí, pues dieron la vuelta y ellos mismos a los que encontraron-yos dieron la vuelta. Tuvimos suerte ahí porque en dos minutos estaba la Guardia Civil, dieron unos tiros al aire y entonces enseguida ya se llenó de Guardia Civil y eso ¿no? Pero el nuestro trabajo ya estaba hecho, ya no nos importaba ya. Entonces, donde está ahora el Economato de HUNOSA, allí antes estaban les cuadros, que era en donde había les mules, que antes trabajaben mucho con mules y era una escombrera, ¿no? Entonces allí fue cuando trajeron a todes les que venían ...; porque nosotres nos pusimos allí, les de La Juécara se pusieron en el pasu nivel que tiraba, que pasaba el pasu nivel según tires pa La Juécara y allí tiraban a trabajar pa La Modesta y los que tiraban pa El Fondón, entonces elles se pusieron en esi puntu. Les de La Nueva y todas eses para arriba se pusieron en el Pozo María Luisa. Y entonces ahí fue cuando nos trajeron a todes y ahí, ahí donde te digo de que ye donde les mules y entonces quisieron detener a dos.

—¿Cuántas eráis, más o menos?

—Bueno, pues seríamos..., pues unes cincuenta, por ahí seríamos.⁷⁸

El intento de detener a quienes los guardias civiles consideraban cabecillas chocó con la resistencia frontal del grupo de mujeres entrelazadas y coreando: «O to-

⁷⁸ Entrevista realizada a Anita Sirgo Suárez. AFOHSA, serie: Huelgas de 62.

des, o ninguna». Según el recuerdo de Anita, la pretensión era llevarse detenidas a Tina —Constantina Pérez— y a *Morita* —Amor Gutiérrez—: «Querían detener a esos dos y entonces nosotres nos pusimos que o todes, que íbamos todes o que ni una, que ninguna, que no. Entonces no nos detuvieron a nadie».⁷⁹ En el grupo hay también niñas, lo que refuerza más si cabe el rol de mujeres desde el que interpelan a los mineros para alentar la lucha. La propia Telvi, con doce años, acompaña a su madre. En realidad, su despertar ha sido muy prematuro. Desde que su padre fuera encarcelado, la situación se ha hecho evidente para ella: «Mi madre llevábame a to los sitios, también porque igual llevaba algo de propaganda y con una nena disimulaba mejor [...] Cuando mi padre taba presu dormía con ella y escuchábamos la Pirenaica en la cama juntas, muy bajo».

Lo sucedido en las inmediaciones del Fondón forma parte de un despliegue mucho más amplio que, en la madrugada del 2 de mayo, llena de mujeres las rutas de acceso a los pozos de la cuenca del Nalón. Los partes policiales de ese día resultan sumamente ilustrativos, documentando la actuación de piquetes en Laviana, San Martín del Rey Aurelio (SMRA) y Langreo. Ciñéndonos únicamente a Langreo y SMRA:

[...] grupos de mujeres, muy numerosos, más de 250 en cada uno, han promovido algaradas en Sotrondio, El Entrego, Carbones Asturianos y en Sama, insultando a los obreros —esquiroles, gallinas, cobardes—, y llenando de arroz, maíz o cebada los caminos. Un grupo de mujeres impidió que entraran al trabajo los obreros de los Talleres Metalúrgicos de la Duro-Felguera, en El Entrego, en los que trabajan unos 100 hombres.

En Sama de Langreo, a las 4 de la mañana, más de 250 mujeres ocuparon la calle Nalona y despertaron a todo el vecindario.

En Ciaño-Langreo parece ser que han sido detenidas unas 50 mujeres.

En Mina Modesta, a las 8 de la mañana, un grupo de mujeres insultaba a los obreros del exterior incitándoles a abandonar el trabajo.⁸⁰

Además de formar piquetes, las mujeres desplegaron a lo largo de la huelga un variado repertorio de acciones que incluyen desde concentraciones contra el cierre de los economatos hasta presiones para obstaculizar el acceso a cines (hay en esto una pulsión que sugiere que resulta inmoral divertirse mientras otros están luchando y atravesando enormes dificultades), desde recogida de alimentos a gestiones por la libertad de los detenidos... Su importancia en el sostenimiento del conflicto laboral más trascendente de toda la dictadura franquista resulta difícil de exagerar.⁸¹

⁷⁹ La decidida resistencia a las detenciones bajo el lema de «o todas o ninguna» parece haber evitado lo que sucede, en el mismo día, a las integrantes del piquete de la Joécara, que sufren la detención de Isabel Bejarano Palomino, Josefa Suárez Viego, Laudelina Rocés Terente, Ester Amaro Suárez, María Luz Morán Díaz, Isaura Díaz López, Celestina Baragaño García, María Fernández Zapico, Eloína Zapico Rocés, Paz Baragaño García y Honorina Díaz Solís. Servicio de Información de la Guardia Civil, 241 Comandancia, 2/5/1961.

⁸⁰ División de Investigación Social-9.^a Brigada Regional, 2/5/1962, AHA, Sección Gobierno Civil.

⁸¹ Acerca del papel de las mujeres en las huelgas de 1962 y de la trascendencia de las mismas, véase Ramón García Piñeiro: «Mujeres en huelga» y Rubén Vega García: «Acerca de la trascendencia de un conflicto

Aunque en el Nalón —al igual que en La Camocha— el bautismo de fuego de la implicación de las mujeres en los conflictos laborales ya se había producido en 1957 y 1958, las huelgas de la primavera de 1962 suponen un salto cualitativo y también cuantitativo. El colectivo de las que despliegan una resistencia activa se ha visto sensiblemente engrosado y su visibilidad incrementada. El rebrote de la huelga en verano y el subsiguiente destierro de 126 trabajadores creará una situación propicia para extremar el esfuerzo de la solidaridad y las mujeres se convertirán tanto en activas recaudadoras de ayudas como, en el caso de las esposas de los deportados, en denuncias andantes de la arbitrariedad represiva de la dictadura.

Tras las huelgas, siguieron movilizándose allí donde la situación de los trabajadores lo requería y así ocurrió, por ejemplo, con los mineros deportados tras los conflictos. Sus mujeres organizaron protestas ante los economatos, concentraciones ante comercios y colectas o cuestaciones económicas. Decidieron personarse, cada día de paga, en los alrededores de las instalaciones hulleras; enviaron escritos a las autoridades, organizaron manifestaciones y se encerraron en iglesias para llamar la atención pública.⁸²

Su presencia en los pozos los días de paga estimula la solidaridad de los mineros y reafirma el papel que están jugando las comisiones que recaban y canalizan las ayudas hacia las familias de sus compañeros. Privadas de sus maridos y con ello de sustento económico, esposas e hijos constituyen en sí mismos evidencias de la naturaleza del Régimen hasta el punto de que el delegado provincial de Sindicatos, Eliseo Sastre, llegará a proponer su destierro, sugiriendo que sean enviadas allí donde estén confinados sus maridos. A su vez, la exigencia del retorno de los desterrados se convertirá en eje de las reivindicaciones y en motor de la huelga que vuelve a extenderse de forma escalonada por las minas asturianas al año siguiente y en cuyo transcurso se producirán las torturas de una serie de militantes comunistas entre quienes se cuentan Alfonso y Anita.

La activa participación en los conflictos laborales y en las redes de solidaridad con los represaliados a consecuencia de ellos se sigue conjugando con la presencia de mujeres en los consejos de guerra donde se juzga a los camaradas que van cayendo en sucesivas desarticulaciones y con la ayuda a los presos políticos. Anita forma parte del grupo que se involucra intensamente en estas acciones. En el recuerdo de Víctor Bayón, su comparecencia en Oviedo ante el tribunal militar especial, acusado, junto a sus compañeros del Comité Provincial, de rebelión militar y pertenencia al PCE, «sin ninguna garantía jurídica» y «defendidos de oficio por un comandante del Ejército», estuvo acompañada por un nutrido grupo de mujeres al frente de las cuales se encontraban su propia esposa esposa —Constantina Pérez—, la de Julio Gallardo —Feliciano Izquierdo— y Anita: «Ante dicho cuartel, donde se nos juzgaba, se concentraron más de doscientas personas, en torno a Anita Sirgo, Feli

obrero», en Rubén Vega García (coord.): *Las huelgas de 1962 en Asturias*, Gijón: Trea, 2002.

⁸² Claudia Cabrero Blanco: «Las mujeres y las huelgas de 1962», en *Homenaje a las mujeres de las huelgas de 1962*, Oviedo: Secretaría de la Mujer de CC. OO. de Asturias, 2008, pp. 28-29.

y Tina, que a gritos denunciaban la farsa del juicio y exigían nuestra libertad, hasta que fueron violentamente desalojadas por la Policía».⁸³

Similar escena describe la ficha policial de Anita al referirse al juicio contra Eduardo Rincón, caído tras haberse encargado por un breve período de la dirección del Partido en Asturias:

Con fecha 14 de Mayo de 1963, en unión de varias mujeres más, se presentó en el Regimiento de Infantería Milán de guarnición en Oviedo, donde asistieron al Consejo de Guerra celebrado contra el peligroso político EDUARDO RINCÓN GARCÍA, Jefe que fue del partido comunista para Asturias con residencia en Francia, y durante éste y en plena Sala, se dedicaron desde los asientos que ocupaban a lanzar besos al procesado como muestra de simpatía y aliento; cuyo procesado se había internado clandestinamente y con documentación falsificada en España. Una vez finalizado el Consejo, se reunieron en un bar de dicha Capital, donde hicieron comentarios de crítica hacia el Gobierno y Tribunales Militares.⁸⁴

⁸³ Víctor Manuel Bayón García: *Crónica de una lucha. Mi actividad en el Partido Comunista de España*, León: 2001, p. 68.

⁸⁴ Informe policial sobre Ana Sirgo Suárez, 8 septiembre 1963, en Francisco Erice (coord.): *Los comunistas en Asturias...*, p. 556.

Anita Sirgo se hizo, junto a Constantina Pérez, mundialmente famosa en 1963, cuando su nombre circuló en un manifiesto de intelectuales que denunciaba las torturas perpetradas en el transcurso de la huelga minera de ese año. Aquel sería, no obstante, tan solo uno de los episodios, entre muchos, que jalonan su vida militante. Niña de la guerra evacuada a Cataluña en 1937 y acogida tras el final de la contienda por unos parientes, mientras su padre permanecía en el monte y su madre en un campo de concentración, la dura supervivencia la privó de escuela y la hizo desempeñar múltiples trabajos. Involucrada desde muy joven en el apoyo a los guerrilleros, comparte luego militancia comunista con su marido, Alfonso Braña.

Muy activa en el apoyo a huelgas, la recogida de solidaridad con represaliados y todo tipo de movilizaciones, durante la dictadura formó parte de piquetes de mujeres, recogió víveres y ayudas para presos políticos, deportados y despedidos, se entrevistó con autoridades civiles y eclesiásticas, recogió firmas por la amnistía, se encerró en la catedral de Oviedo y en el Palacio Arzobispal, repartió propaganda, acogió dirigentes clandestinos en su casa. Fue torturada y rapada durante la huelga de 1963. Sufrió prisión y pasó algún tiempo exiliada, siempre para reincorporarse de inmediato a la lucha. Hasta el final de su vida siguió militando en las mismas causas y también en el impulso de la memoria democrática.

Paralelamente, el paso del tiempo la ha erigido en un referente de compromiso, lucha y dignidad para las nuevas generaciones de militantes comunistas, pero también y en buena medida, del feminismo asturiano, que en los últimos años ha integrado la tradición obrera que representa Anita en su agenda reivindicativa.

